

Cada día, un lujo

Pseudónimo: Díaz-Luna

Claramente, sé dónde voy. Me subo todos los días a la micro en Merced con Mosquito. Tengo un par de cicatrices en la cabeza y parece que huelo mal. Indiferente a los pasajeros, avanzo por el pasillo y me echo en uno de esos espacios inútiles en que no cabe un asiento; a lo más, una persona de pie. Un paradero antes de Plaza Italia, me incorporo, miro el timbre que siempre alguien pulsa y, cuando la máquina se detiene, me bajo entre la gente en la Alameda, a la entrada de la Fuente Alemana. Me siento en la vereda, a la sombra en verano y bajo el techo del paradero en invierno. Me rasco y espero sin ansias que se abra la puerta del restorán. Una de las maestras cocineras, distinta cada día, me deja una ración en tiras de vacuno y cerdo. Como sin apuro, duermo la siesta y luego me devuelvo caminando serenamente a Merced. Deambulo por el sector; descanso, observo, duermo a ratos. A veces, cuando estoy de ánimo, bajo hasta el Paseo Ahumada y, desde ahí, hasta La Moneda; recorro el perímetro, la explanada y me doy el lujo de divertirme ladrando a los carabineros.

Al atardecer, regreso a Merced con Mosquito y desaparezco entre los zombies con corbata o cartera que vuelven a sus casas gruñendo y también ladrando después del trabajo.